



Berna

González Harbour

El pozo

DESTINO

El  
pozo

Berna  
González  
Harbour

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1536

© Berna González Harbour, 2021  
Representada por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A. (2021)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-233-5958-5  
Depósito legal: B. 5.135-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso por CPI (Barcelona)  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

Hay quien se droga, quien se atiborra a ansiolíticos o bebe hasta el coma para afrontar la tensión, pero ella optaba por pisar el acelerador. Aceleraba en la M-30, en la M-40, en la M-50 y habría acelerado en la M-60 si hubiera existido. Aceleraba Castellana arriba y Castellana abajo para llegar a cualquier parte. Y aceleraba hasta en su garaje. Pero no porque tuviera prisa, sino porque no le habría importado salirse en una curva, dar vueltas de campana o empotrarse contra un muro, y acaso solo le habría importado un segundo después de ocurrir cualquiera de estas cosas, pero no lo suficiente como para que le importara y no antes, como condición previa.

Le habría molestado dejar víctimas, claro, pero no tanto como para pensárselo con antelación. Ningún tipo de previsión, ni buena ni mala, ningún tipo de medición de consecuencias entraba en esa mente diáfana al volante de un Cinquecento trucado porque nada de eso suele estar presente en nadie que se sienta imprescindible en un trabajo inefable y que apenas haya cumplido los treinta. Tal fase evolutiva equivaldría a hacer dieta antes de tener michelines o

a dejar de fumar antes de despertar mil veces con los pulmones destrozados tras encender cada cigarrillo con los rescoldos del último. A las etapas se llega.

Así que aceleró de nuevo y casi la decepcionó comprobar que había llegado a tiempo a la barrera del p rking, incluso antes de tiempo, y que esta se abría con parsimonia como si al mundo hoy le sobraran los minutos. Aunque a ella, en realidad, sí le sobran.

Y una vez más ahí estaba, a punto de zambullirse en el nivel -3 del aparcamiento, donde haría una foto de su plaza porque la memoria atiborrada no le alcanzaba para retener dónde dejaba el coche cada día.

Su coche era —se ha dicho— un Cinquecento más que apa ado, de segunda mano, que ni siquiera merecía la exhibición de velocidad que se gastaba. Su móvil, una galería de fotos de plazas de aparcamientos sucios que siempre se olvidaba de borrar, un torrente de wasaps prescindibles y una llamada perdida que, al volver a emerger a la superficie, devolvió con avidez, con importancia, como quien recupera el oxígeno agotado o se apresta a retomar las riendas de un gabinete de crisis en pleno estado de emergencia.

—Cuéntame —espetó, directamente, sin saludar.

—Hay un notición, Greta. Tienes que venir.

—Era su jefe, la presión habitual ( l), la simulación de un hartazgo ante la exigencia constante que ni siquiera ocultaba el orgullo de sentirse reclamada (ella).

—Ya sabes que no puedo.

—Ven, Greta. Lo gestionaremos. Pagaremos la sanción. Pero esto es para ti. Es tu oportunidad.

Greta calló y siguió avanzando a toda mecha. Ya se ha dicho que ella no tenía prisa, pero sus pasos devoraban la acera como si la Audiencia Provincial a la que se dirigía tuviera un cupo limitado para los abogados, gestores, procuradores y otras gentes que ya se amontonaban a la entrada, y ese cupo estuviera ya completo. Ella no era ni abogada, ni procuradora, ni acusada ni acusación. Era periodista. PE-RIO-DIS-TA, le gustaba enfatizar, en mayúsculas y a mucha honra, a pesar de que la profesión anduviera un tanto devaluada en la teoría, porque en la práctica casi todos estiraban la mano para manosearla —a la profesión— en cuanto la tenían cerca.

Periodista, sí, decíamos. Pero había tenido la buena o la mala fortuna de ser convocada a un jurado popular y, como tal, estaba obligada a asistir hoy, un miércoles luminoso de verano —como llevaba haciendo desde hacía tres días y como seguiría haciendo hasta alcanzar un veredicto—, al juicio contra un joven acaudalado acusado del asesinato de su propia madre en el chalet familiar. Y el inculcado podía ser un pijo, pero no parecía haber cometido más crímenes que el de ir a la hípica los domingos. Más delito tenía haber implantado en España el jurado popular.

—Greta, ¿sigues ahí? —insistió su jefe.

—Estoy más bien en la kashba.

—¿Qué dices?

—Nada. Que estoy entrando en la Audiencia y que parece un mercado. No puedo faltar, ya lo sabes.

—Greta logró al fin pasar la barrera de los empujones—. Soy jurado.

—Esta historia es para ti, Greta. Es tu momento. Querías una noticia así, de *prime time*, y aquí la tienes.

Mmm. El chantaje emocional. Greta frunció el entrecejo en un gesto brusco. Estaba atravesando los tornos tras mostrar su documentación. Greta Cadaqués. Tribunal del jurado número 6.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su jefe—. ¿Cuál es ese notición?

—Una niña se ha caído a un pozo.

—Creía que Trump había lanzado una bomba nuclear.

—Escucha, Greta. Hazme caso. Es una niñita, tres años. Y el pozo mide cien metros de profundidad. ¡Cien metros!

—Esa niña está muerta.

—O viva. Y viva o muerta, toda España está pendiente.

—Te digo que estoy en un jurado, jefe, no puedo.

—Te mando fotos, tú míralas. La boca del pozo no mide más que mi mano abierta. Abre cualquier web. Es una bomba.

—Te tengo que dejar, debo apagar el móvil.

—Antes mira lo que te voy a mandar.

Greta dejó el móvil en la bandeja correspondiente para pasar el arco de seguridad. Al retomararlo debía desconectarlo, como cada día al comenzar las vistas. Pero lo abrió.

Hablaré con alguien para arreglar lo del jurado. Pero tú ven. Y mira esto:

La foto había entrado nítida en pantalla. Un círculo perfecto en una tierra dura y prieta, un agujero excavado limpiamente en aquel secarral y, sobre él, una mano abierta. Una mano adulta. Una mano morena, de venas marcadas, con unas pulseras de hilos trenzados que habían perdido su color. La mano de un miembro de los equipos de rescate.

—Buenos días. —La letrada judicial iniciaba la jornada, todos los jurados estaban ya en el recibidor donde los reunían antes de pasar a Sala.

—Buenos días.

¿Cuánto puede medir una mano abierta? Greta estiró la suya sobre la carpeta de la documentación. ¿Quince centímetros del extremo del pulgar al del meñique? ¿Veinte centímetros? Observó de nuevo la foto. Aunque fuera una mano masculina, bastante más grande que la suya, no podía medir más de veinte.

¿Y una niña de tres años? ¿Cuál puede ser el *diámetro* de una niña de tres años, si es que una niña tiene diámetro? Intentó imaginar el de la pequeña que se había escurrido por ese agujero, pero no tenía referencias para compararlo. Su sobrino nunca había mostrado demasiado interés en asomarse al Skype desde su casa de Canadá. Hablaba inglés y francés perfectamente, como su padre, pero su madre apenas había logrado transmitirle un mediocre español; así que el objetivo de conectarse los domingos para charlar con su tía y con sus abuelos españoles se diluyó tras varias sesiones intentando explicarle qué era una paella con unas gambas que, a todas luces, al niño le dieron asco. No ayudaba que

el padre quebequés fuera vegano. Ni que formara parte del movimiento antivuelos. Podían salvar el planeta como Greta Thunberg, pero no soportar la visión de la mejor paella. Ni viajar a ver a la familia española.

Así que pocas referencias cercanas tenía Greta, nuestra Greta Cadaqués y no la Thunberg, del diámetro de un niño de tres años; al único de su familia solo había podido abrazarle cuando apenas era un recién nacido y su madre y ella viajaron a Quebec, mientras que el padre, como solía, se quedaba en tierra. Como mayor manifestación de cariño, ahora se conformaba con recordar a su hermana que las vacunas estaban recomendadas por la OMS. Que no eran un capricho de las farmacéuticas.

—Hoy continuaremos analizando los informes periciales sobre las huellas dactilares y restos de ADN hallados junto a la víctima.

Antes de entrar a Sala, la letrada resumió lo que habían analizado la víspera y lo que les esperaba hoy. Greta suspiró. Lo había retenido a la primera y también la mayoría de los miembros del jurado, pero otros se empeñaban en no darse por enterados.

—A mí no me ha quedado claro un tema —interrumpió un jurado de nombre Julián del que, por desgracia, oiremos hablar más veces.

—A ver, Julián. ¿Qué es lo que no te ha quedado claro?

La letrada reaccionó con paciencia. A estas alturas todos sabían que entre los miembros del jurado había tres grupos: los atentos y avispados; los atentos, pero lentos, y los graciosetes. Julián ni po-

nía atención, ni tenía prisa ni gracia, pero esto él no lo sabía y se empeñaba en situarse en el tercer grupo.

—Si solo había huellas del hijo, ¿qué duda cabe, entonces? Solo pudo ser el hijo, digo yo —se lanzó Julián.

—¡Que no! —reaccionaron varios.

—Joder, Julián, es obvio: los asesinos pudieron llevar guantes —recalcó otro de los jurados—. Y el hijo no los llevaba, nadie lleva guantes en su casa.

—Y eso ya lo aclararon ayer —protestó a la vez otra miembro del jurado.

El crimen se había producido una noche de fragor al concluir la Champions, cuatro años atrás, en una de esas raras ocasiones en las que una ciudad contiene el aliento como un solo ente una y otra vez para desahogarse al final en un clamor colectivo: había ganado el Madrid. Hacía más de treinta grados tras caer el sol y pesaba el aire embalsado de la capital, que todos compartían como un bien ganancial del que nadie quiere deshacerse en una noche de victoria. La familia en cuestión había visto el partido en el porche de la casa con un montón de cervezas y buen vino y, al terminar, Carmen, la madre en cuestión, había subido a su habitación porque le dolía la cabeza. Al ver que tardaba en regresar, el joven fue a buscarla y, según relató, la encontró en el suelo con heridas en el cráneo causadas por un jarrón de porcelana que estaba hecho añicos. La Científica recogió e identificó sus huellas por todas partes, en pomos, suelo, mesilla y en fragmentos del jarrón. Sin embargo, no había ninguna de los dos encapuchados

que el joven dijo haber visto cuando huían hacia la parte de atrás del jardín.

—Es normal que las huellas de su hijo estén ahí, Julián. Era su hijo. Y era su casa —dijo otro de los miembros del jurado.

—¿En la habitación de los padres? Mi hijo no se mete en mi cuarto ni de coña. Vamos, que le doy una hostia si se mete, a ver qué se le ha perdido allí.

—Julián, ya he dejado claro que aquí debemos hablar con corrección —dijo la letrada—. Y que analizamos los hechos en sí mismos, a la luz de las pruebas y las leyes. No hace falta traer a colación tu situación personal.

—Nosotros también vimos juntos el partido. Mi hijo y yo —prosiguió Julián, indiferente a la instrucción—, pero él después se largó. Con los amigos. Como debe ser. No vino hasta las tantas, el cabrón.

Greta le escuchó sin replicar. Era sencilla una vida como la de Julián y en ese momento le dio envidia: las cosas claras, la duda muy lejos y los verbos *pensar*, *repensar*, *cuestionarse*, sin conjugar. Abrió disimuladamente el móvil. La noticia de la pequeña caída en el pozo circulaba por todas partes y la imagen de la mano abierta sobre el agujero se repetía en las tendencias de Twitter. Nadie se creía que una niña hubiera podido desvanecerse en un hoyo tan estrecho que no parecía tener cabida ni para un balón de fútbol. El círculo era limpio, perfecto, como trazado a compás, y se parecía más a un agujero de golf que a un pozo de agua. Pero ni los hoyos que salpican los campos de golf más relucientes tenían los bordes tan nítidos, y a Greta le vino a la cabeza la

dificultad tan enervante que afrontan los golfistas para meter la bola en esos circulitos perfectos. Podían fallar una y otra vez, aunque lo tuvieran accesible, aunque la bola bordeara de forma exasperante los contornos para alejarse después, y sin embargo acertar milagrosamente, en ocasiones desde muy lejos, cuando lograban un golpe de suerte.

Pericia. Fortuna. Dominio. Quietud. Todo eso se percibía cuando los jugadores blandían los palos para descargar el golpe de gracia que podía llevar una pelota hasta el hoyo.

Impericia. Mala suerte. Nervios. Enorme frustración. Es lo que transmitían los que no lo conseguían, lo había visto muchas madrugadas de insomnio en los canales deportivos de Movistar.

Y a esa niña, sin embargo, se la había tragado un sumidero tan estrecho y artificioso que habría sido imposible encajarla a voluntad en un improbable partido.

Revisó los principales titulares. Estaba descartado que la niña se hubiera perdido por la zona, porque la habían visto caer. Su propia madre la había visto caer. Los equipos de rescate, sin embargo, habían introducido una videocámara en el boquete para intentar averiguar en qué punto se había frenado la caída y solo se toparon con tierra. A setenta metros de la superficie: tierra. Ni asomo de la pequeña. En qué punto y condiciones estaba era un misterio en el mejor de los casos, pero la certeza de que solo podía hallarse debajo de ese montón de tierra, que seguramente se había desprendido a su paso y apelmazado sobre su propio cuerpo, era escalo-

friante. Setenta metros de raspones, rozamientos, heridas abiertas y luego ensuciadas, los brazos forzados en esa caída libre por una sima estrecha en la que la tierra desprendida había formado un tapón, pero no debajo, sino encima de ella, era un descabro tan puro que era imposible de planificar. Si estaba viva, era un milagro.

—Ya sabéis, entonces, que el acusado sostiene que vio a dos hombres encapuchados huyendo por el jardín trasero. —La letrada interrumpió sus pensamientos y devolvió a Greta al caso que la había traído a la Audiencia Provincial—. También sabéis que la finca linda por esa parte con una casa abandonada. Hoy vamos a ver los informes periciales realizados *in situ*.

La letrada los hizo pasar a Sala, donde la sesión iba a comenzar, y Greta cerró el móvil. Era el turno de la defensa, que intentaba demostrar que esos encapuchados existían y que habían huido por el jardín. Rumbo a la casa abandonada. Debía centrarse.

Greta miró al acusado. Un chico guapo, flaco, treinta años como ella, al que el proceso había dejado un rostro plisado de arrugas tempranas, y al que nos referiremos como Sergio hijo, ya que el padre y viudo también era Sergio, y, por tanto, Sergio padre. Greta lo había visto en fotos anteriores al crimen y habría dicho que era un tipo flamante, juerguista, futbolero, de colegio privado, bachillerato en Maine y carrera de derecho en Esade. Madre normal, padre normal, chico normal, salvo por la cuenta corriente. Ninguna anomalía psiquiátrica. Ningún relato de odio, abusos, acoso, castigos o problemas especiales. Ningún trau-

ma aparente. Ningún móvil. Greta apenas llevaba tres días en el jurado y el asunto se había vuelto tan enigmático para ella que, a pesar de su escepticismo inicial, se lo estaba empezando a tomar en serio. Por ello la exasperaba que otros miembros del jurado bromearan, que estiraran el debate con cuestiones absurdas o que no estudiaran la documentación.

No había huellas en el césped, decían.

¿Pero acaso en pleno verano no se puede correr por un jardín seco sin dejar rastro?

No había más ADN que el de la madre y el hijo.

¿Pero acaso unos profesionales no son expertos en asaltar con guantes para no dejar huellas en el escenario del crimen?

Sherlock Holmes habría tenido mucho trabajo analizando la inclinación exacta de todos los tréboles del jardín desde la salida del salón hasta el muro trasero, pero qué se le iba a hacer. En Madrid, un jardín no era como esos mullidos céspedes de Londres, donde las especies herbáceas más frondosas y comprimidas ofrecían una confortabilidad inusual. Aquí se acercaba más al hormigón que a una alfombra. Y el aspecto del agente rechoncho que describió simplemente que en esa casa, esa noche, no había «huellas, vestigios, rastros, pisadas, ni datos relevantes concordantes con la maniobra descrita por el acusado» porque sí, sin más explicación, era menos convincente.

Greta escuchó y contrastó con los papeles. ¿Esa noche, había dicho el agente? Le observó de arriba abajo. Era tan anodino y se explicaba tan mal con su voz aflautada que nunca habría podido protagoni-

zar ni una serie policial de mala muerte, qué daño había hecho *CSI*. Los informes que tenía en la mano recogían que esa pericial se había hecho tres días después del crimen. ¿Acaso no podían haberse desvanecido esos rastros de los encapuchados tres días después, incluso un día después? Pero nadie preguntó nada y ella continuó escuchando.

Aunque lo tenía guardado, vio el móvil iluminarse. Su jefe.

Ya he hablado con el Ministerio de Justicia. Lo van a mirar, tal vez te pueden eximir. Tú ven.

¿Qué significa «lo van a mirar»?

Eso, lo van a mirar. Pero tú pon cualquier excusa y ven.

Greta sabía que se le podía caer el pelo si se ausentaba del jurado sin justificación. También, que su jefe era un cantamañanas. Y, además, qué demonios, el caso le interesaba bastante más que una niña caída en un pozo, flor de un día en términos periodísticos. Y no solo porque le pareciera que ese joven inculpado no podía haber matado más que a tres millones de zombis en la consola y no a su madre, sino porque quién sabe. Tal vez podría escribir un libro, un reportaje. Se llamaba periodismo. Se llamaba reto, se llamaba crecer. O se llamaba simplemente sacar partido a lo que se le pusiera por delante, qué coño, dar un corte de mangas a su suerte.

O al menos a su padre.

Se llamaba dar un estirón, necesitaba un estirón, saltar de una vez de la alcachofa en la mano a la elaboración a fondo y demostrar que podía aportar algo más. Que no solo hacía hamburguesas, sino delicatesen. Y se llamaba, o se podía llamar, dinero, dinerillo, dinero para poder vivir ahora que al fin se había independizado, y no el salario cutre que seguía cobrando en El Canal después de cinco años de ciega dedicación, en fin. Ella también quería probar suerte, tenía derecho, no había llegado hasta allí para perseguir a los políticos con el micro, para grabar sus naderías sin poder llegar nunca a fin de mes. Cabrones.

Así que esta vez apagó el móvil sin contestar siquiera. Y siguió escuchando los informes periciales sobre la hierba tiesa del chalet de lujo de un chico que había pasado de celebrar la victoria de su equipo a enterrar a su madre golpeada y asfixiada hasta la muerte.

O de celebrar la victoria de su equipo a golpear y asfixiar a su madre hasta la muerte.

Y era eso lo que había que dilucidar, y no otra cosa: qué había pasado y por qué.

En la próxima oportunidad no iba a dejar pregunta sin hacer.

El receso llegó antes que otros días y Greta aprovechó para escapar al exterior. Le habría gustado coincidir con el abogado del chico, al que había visto almorzar habitualmente en el Vips cercano, pero

suponía que no debía entablar conversaciones al menos hasta que acabara el juicio. Por ahora, le bastaba con quedarse con su nombre, con su cara y con alguna mirada. Si se decidía a escribir un libro, el resto sería fácil, le daba por fichado. Si es que a alguna editorial pintona le interesaba.

Se instaló en la barra de un bar cercano y encendió el móvil. Más torrentes de wasaps, memes absurdos; el jefe callado, decepción. Le habría gustado que hubiera seguido insistiendo, pero al silencio de Greta había seguido el suyo. Disimuladamente, alzó la vista hasta unas televisiones cercanas. Dos pantallas emitían informativos de canales distintos, pero en ambas las presentadoras estaban conectando con el lugar donde los equipos de rescate buscaban a la niña desaparecida.

En una de ellas estaba Amparo de la Fuente, de La Competencia, indiscutible reportera que se había ganado su prestigio con razón.

En la otra estaba Melania Cruz, una recién llegada que, además de unas piernas interminables, una melena amaestrada para dejarse caer graciosamente sobre los hombros y un escote sin más defectos que la necesidad de marcar su límite exacto, tenía otra cosa larga y pronunciada: el ansia de trepar. Apenas había sido becaria el año anterior, precisamente a su cargo, y ya estaba ahí, de enviada especial, frente al pozo que estaba contemplando toda España. Y lo peor es que aquello era El Canal, *su* Canal, uno de los líderes de audiencia en todas las franjas horarias; su propia cadena de televisión, la que presumía del valor del periodismo entre fanfarrias de *show*.

Y aquella había sido su becaria el año anterior. Que ahí podía haber estado ella. Y que tal vez aún podía estar.

Miró el Instagram. Melania posaba con aspecto circunspecto en los alrededores del pozo, alzando los brazos en una posición que decía tanto de su perplejidad ante el caso como de la gracilidad de su cuerpo. El suyo —el Instagram— estaba muerto desde hacía días. El cuerpo también, encorsetado en la ropa formal propia del juicio y sin tantos dones naturales, para qué se iba a engañar. Una noticia sobre el Gobierno en funciones era su última aportación y había tenido cero eco. Miró el Twitter. La caída en el pozo era la tendencia creciente y combinaba muestras de solidaridad con sospechas sobre el caso. El tuit «¿Qué tipo de padres dejan caer a su hija en un pozo así?» tenía más de mil retuits. #SalvadAEsaNiña era el hashtag dominante.

Greta pensó en su pelo encrespado: ningún acondicionador, mascarilla o sérum capilar eran capaces de dominar aquel ramillete de rizos (decir rizos ya era una concesión generosa; en realidad, era un pelo encrespado y punto); se miró las piernas cruzadas sobre el taburete de aquel bar: sin ser gordas eran demasiado rotundas; y observó su escote, o su falta de él: demasiado pecho contenido en una camiseta cuadrada, correcta, sin gracia alguna.

«No tienes pelos en la lengua», le decía su jefe en ocasiones cuando la quería alabar. «Pero sí en el sobaco», le respondía ella, y se quedaba tan ancha.

Porque era verdad. Solía dejarse sobacos y piernas sin depilar, usaba copa menstrual, no iba a la pe-

luquería y, además, intentaba convencer a todo el mundo de que debía salir así en televisión para mostrar al público el mundo real, y no aquella colección de barbies en la que se había convertido El Canal. Ella defendía su posición y pisaba fuerte porque sabía que era eficiente, rápida y que resolvía las noticias, incluso, y sobre todo, en directo. Tenía esa habilidad. Pero de ahí a que interrumpieran emisiones para conectar con ella desde algún lugar al filo de la noticia iba un trecho. Siempre las elegían más guapas. Aunque les pagaran lo mismo. Era de suponer.

Y, sin embargo, hoy le habían dado una oportunidad y ella estaba ahí, tomándose un bocata de calamares en una barra pringosa junto a la Audiencia Provincial de Madrid a la espera de que se reanudara la sesión. Y empezaba a morir de envidia, para qué se iba a engañar.

Una oportunidad.

Una o-por-tu-ni-dad.

Era una palabra grande.

Una oportunidad de demostrar que sabía y que podía. Que no se había equivocado, que el esfuerzo dedicado a ser periodista contra el consejo de todo bicho viviente había merecido la pena, que pasar cuatro años dando vueltas a las cinco W en la facultad, sin elegir algo útil, como le reprochaba su padre mientras le dejó hacerlo, o sin opositar, como le reclamaba su madre como si se tratara de ir a por el pan, la iba a llevar hoy al *prime time*. Que ganar no ganaba mucho y ni siquiera podía ayudarlos, bastante tenía con pagarse la buhardilla que encontró de saldo por casualidad, pero sí mostrarles que su hija

se había salido con la suya. Que podían llamar a la familia y amigos porque Greta iba a estar ahí, en pantalla, más ancha que larga, y el poder de esa imagen iba a compensar no haber obedecido sus designios.

Siguió mirando la pantalla. Melania no tenía gran finura como periodista, Greta lo sabía porque nueve de cada diez veces le corregía los guiones a tiempo para la conexión, pero había que reconocer que la cámara la quería. La mejoraba. Y ya se sabe que, en televisión, el público se fija más en cómo un incisivo se monta graciosamente sobre un canino, en cómo lucen los hoyuelos o tu melena se airea al viento que en lo que estás diciendo. «Estabas guapa», era lo único que salía de boca de su madre cuando ella empezó a aparecer en pantalla, normalmente para aportar contexto desde el estudio y nunca como enviada especial. «¿Y lo que dije? —solía preguntar—. ¿Te interesó lo que dije?» «Ay, hija, estaba fregando y ni me enteré. Pero te habían peinado y maquillado muy bien.» Y era cierto. Las maquilladoras eran buenas.

Pero, qué demonios, su padre nunca aplaudía. Muy al contrario, se limitaba a decir: «Yo sí te escuché». Y se zambullía en su partido si lo daban en abierto. Y mejor así, antes de que le repitiera que eso no eran noticias ni era nada más que otra sarta de idioteces, de fuegos artificiales para entretener. Que aquello no era periodismo como el que él había conocido mientras le dejaron, antes de que fuera un negocio sin escrúpulos y amén. Y que ella nunca iba a dar la talla que allí requerían: chicas guapas de cu-

tis fino y cerebro inexistente. Decía. Míralas, «es-que-no-las-ves, es-que-quieres-ser-así... Tú eres otra cosa». O esa esperanza tenía.

Echó otro vistazo a su móvil. Un mensaje nuevo había entrado y este le interesó más.

¿Qué pasa, Bicho? ¿Dónde estás?

Greta sonrió. Un picotazo de cariño en medio de su conmiseración. Era Quatremer y si le estaba escribiendo ahora mismo era porque: 1) o bien ya había terminado la conexión en directo y la echaba de menos; o 2) porque el mejor cámara de El Canal también estaba excluido de la noticia y quería compartir el lamento. Lamerse juntos las heridas.

Volvió la vista a la televisión y comprobó lo que intuía. El directo había concluido, la presentadora estaba hablando de otra cosa y cabía deducir, por tanto, que Quatremer estaba *in situ*, con Melania Cruz, y que la estaba echando de menos. Greta le escribió.

¿Estás en el pozo?

Sí. Pero con la mujer equivocada.

Como me suele ocurrir.

Ella volvió a sonreír. Su cámara favorito, su amigo, hombre humeante, cigarro colgado del bigote o bigote colgado del cigarro, vozarrón de cazallero, los principios en su punto justo —siempre sometidos al tamaño y al valor de la noticia—, uno de los

grandes veteranos de la televisión, en fin, estaba retransmitiendo desde el pozo. Aquello le daba más valor a la noticia. Mmm. Aunque no tuviera Instagram.

Me habían dicho que ibas a estar tú.

Y en tu lugar está la comepollas.

¿Qué ha pasado?

Sin pelos en la lengua, como ella. Con pelos abundantes en el sobaco y también en pecho y espalda, seguro.

Estoy en un jurado popular.

Mala suerte.

Vente, Bicho. Yo aquí me quedo hasta que aparezca la niña. Manda a tomar por culo al jurado.

Greta no pudo evitar una carcajada corta, rápida. El jefe se había callado, seguramente después de resolver que fuera la señorita Melania a cubrir la noticia, pero eso no le impedía a ella sumarse en otro horario, en cuanto acabara la sesión de hoy, porque algo le decía que Melania no iba a instalarse en el escenario sin mirar el reloj como Quatremer, dejando de lado el cambio de modelito, el acondicionador de pelo y todo el cuidado personal que debía dedicar a su aspecto. Ella se miró la ropa, hoy más adecuada que de costumbre por venir correctamente vestida al juicio, y se planteó: el pozo no estaba lejos, zona Ta-

juña, al sur de Madrid. Tal vez podía salir corriendo tras la vista, pisar a fondo el acelerador, eso no era noticia. Porque, si Quatremer estaba allí con todo el equipo, no necesitaba más. Tecleó, remolona:

Parece un caso perdido. ¿Crees que de verdad hay alguna posibilidad?

¿Y qué más da? Yo he visto milagros y te juro que, si aquí hay uno, me pillaré grabándolo. Y si no también.

Greta torció el gesto. No cabía en cabeza humana que una niña caída a cien metros de profundidad pudiera sobrevivir. Pero había que reconocer que Quatremer sabía latín.

Y un nuevo mensaje resolvió rápidamente su escueto debate interior.

El juicio se suspende hasta mañana a las 10.00. Los esperamos a las 9.30.

Pagó volando el bocata, corrió hasta el coche y recordó cuando su padre se esfumaba repentinamente sin decir adiós y ella y su hermana, desde muy pequeñas, encendían la radio para averiguar la razón. Las torres gemelas, los atentados de Atocha o los bombazos eran grandes razones para movilizarse e ir corriendo a la redacción. Incluso contaba batallitas de una intentona golpista en el Congreso cuando ellas aún no habían nacido. Claro que una niña caída

en el pozo no se parecía nada a aquella épica, pero el resorte era el mismo y ella lo podía entender. A diferencia de él, que a ella no la iba a entender. Pensó.

Mientras salía del p rking llam  a su jefe y no le dio opción.

—Ya sigo yo. El juicio ha terminado por hoy y llegar  al pozo para el telediario. Podrá estar *in situ* hasta mañana a las ocho.

— Y te has afeitado el sobaco? —brome  el jefe.

—Vete a la mierda.